

de pesadumbre á Nápoles para atender desde allí á las cosas de Génova, donde continuaban las parcialidades y disturbios, que arriba hemos mencionado, y que dieron todavía tanto que hacer por todo el año siguiente de 1575.

Muy á los principios de este año vino don Juan á España para ver de alcanzar que el rey su hermano le nombrase lugarteniente general en todos los dominios de Italia, y le concediese el tratamiento tan deseado de infante de Castilla. No tuvo Felipe dificultad en lo primero, dándole título y poderes semejantes á los que había tenido el duque de Alba en 1556, pero hizose el sordo respecto á lo segundo, si bien no se lo negó explícitamente. Pasó el ilustre príncipe al Escorial y al Abrojo, allí para admirar la grande obra del monasterio y saludar á los monjes, aquí para despedirse de doña Magdalena de Ulloa, que en su infancia había hecho con él oficios de madre, y á quien había avisado que concurriese allí; y volviendo luego á Aranjuez (abril, 1575) á recibir instrucciones del rey su hermano (1), partió á Cartagena, donde se embarcó con treinta galeras (mayo), y tocando en Barcelona y Mallorca, arribó á la Especia y Vegeven antes de mediado julio (2).

Permaneció don Juan en Italia el resto de aquel año y mucha parte del siguiente, atento á las cosas de Génova y á preservar aquellos dominios de una invasión turca, muy querido de los italianos, y solicitado de los católicos ingleses, irlandeses y escoceses, que prometían reconocerle por rey y señor, si los libraba de la opresión en que la reina Isabel los tenía. Fomentaba esta empresa el pontífice, correspondiéndose con él don Juan, y negociaba á su nombre con el papa su secretario Juan de Escobedo. Pero de todo daba aviso al rey el embajador de Roma don Juan de Zúñiga, y como nunca fueron agradables á Felipe II ni sonaban bien en sus oídos las proposiciones que de tantas partes veía hacer á su hermano, convidándole con una corona, mostró á Su Santidad que estimaba en mucho el singular aprecio que á su hermano manifestaba y la honra que le hacía, mas no halló favorable acogida en el ánimo de Felipe la proyectada y pretendida expedición de don Juan á Inglaterra, antes bien aquel asunto le puso en tanto cuidado; porque el rey, como nos dice uno de los biógrafos del de Austria, «no quería que su hermano tuviese mas voluntad que la suya, ni mas honor y bien que el que él le diese (3).»

En tal situación, y con motivo de los sucesos de Flandes que dejamos referidos en el anterior capítulo, fué nombrado don Juan de Austria gobernador y capitán general de los Países Bajos. El rey le ordenaba que partiese derecho desde Milan, pero el príncipe no quiso dejar de venir antes á España, ya para recibir verbalmente de su hermano las instrucciones de lo que había de ejecutar, ya, lo que acaso le movía mas, para reiterar su pretension de ser reconocido y tratado como infante de Castilla, como había escrito al secretario Antonio Perez y á otros. Y por mas que el embajador Idiaquez le significó no ser muy del gusto del rey su hermano que viniese á la corte, nada bastó á detener á don Juan, y salió al fin de Italia, arribó á Barcelona, y llegó á Madrid el mes de setiembre (1576).

Hallábase el rey en el Escorial, su mansión predilecta, con

(1) Además del encargo que llevaba don Juan de Austria de defender los Estados de Italia de una acometida que se temía de la armada turca enviada por el sultan Murad ó Amurates, que había sucedido á Selim II en diciembre de 1574, encargaba Felipe II á su hermano en esta Instrucción que original hemos visto, visitase á Su Santidad en su nombre á su paso por Roma, y le hiciera presente la necesidad y apuro en que se encontraba su hacienda, y que pues tantos gastos y dineros le costaba la defensa y conservación de la Santa Sede y de toda la cristiandad, le suplicase le ayudara, como era necesario y justo, y le concediera al efecto algunas gracias, como lo tenía solicitado por medio del embajador don Juan de Zúñiga.

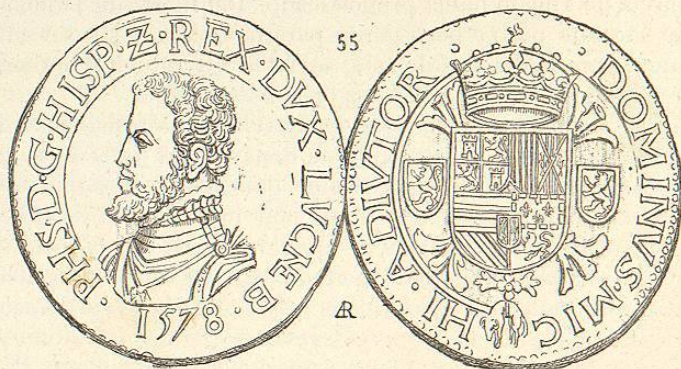
Esta Instrucción (fecha 21 de abril de 1575 en Aranjuez), se hallaba original entre los papeles del convento de jesuitas de Loyola, y no sabemos cómo este documento, y otros de que iremos dando cuenta, pudieron pasar originales á aquella casa. Hoy se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia; Loyola, Leg. 1.º cuad. 38.

(2) Cartas de don Juan de Austria á don García de Toledo, de Cartagena, La Especia y Vegeven, de 5 de mayo, 10 de junio y 12 de julio, 1575. Archivo de la casa de Villafranca.

(3) Vander Hammen, Hist. de don Juan de Austria, lib. VI.

la reina y los infantes. Al presentarse allí don Juan, el rey se levantó y le abrazó (4). Después de las afectuosas saluciones de familia, se pasó á tratar de los despachos para la jornada de Flandes, y como al rey le constaba el deseo que tenía don Juan de hacer la expedición á Inglaterra ó Escocia, dióle esperanzas de realizarla luego que acomodara y pusiera en orden las cosas de los Países Bajos. Nada se habló, ó al menos parece que Felipe eludió hablar sobre el tratamiento de infante. Acordado el modo como don Juan había de conducirse en su nuevo cargo, vinieron los dos juntos á Madrid (22 de setiembre, 1576). El rey mandó á todos los obispos y prelatos de las órdenes hacer rogativas y procesiones públicas, exponer el Santísimo Sacramento en las iglesias para que fuera propicio á la causa de la religion católica en Flandes; y en tanto que esto se hacia, don Juan de Austria, después de haberse hecho teñir la barba y el cabello, puesto un vestido humilde, y fingiéndose criado de Octavio Gonzaga, hermano del príncipe de Melfi, con quien iba, caminaba de Madrid á Irun (octubre, 1576), y de aquí cruzando la Francia á Paris, donde se presentó al embajador don Diego de Zúñiga, por quien supo el último estado de los negocios de Flandes. De allí pasó á Luxemburgo, única provincia que se mantenía fiel á España, y descubrióse al señor de Navés que la gobernaba por el conde de Mansfeld, uno de los del Consejo presos en Bruselas (5).

DUCADO DE LUXEMBURGO



FELIPE II

La primera providencia que dió desde allí don Juan fué escribir á todos los puntos en que había españoles, mandándoles no hacer uso de las armas contra los Estados; mandato que ellos obedecieron, aunque de mala gana, sin socorrer siquiera el castillo de Gante que estrechaban y combatían veinte mil rebeldes. ¡Cuánto habían variado los tiempos, cuánto la situación de Flandes, y cuánto también la política del rey don Felipe, desde el gobierno del duque de Alba hasta la ida de don Juan de Austria! Respecto á reconocerle y admitirle como gobernador á nombre del rey de España, consultáronlo los Estados con el príncipe de Orange, y con su parecer acordaron no recibirle sino á condición de que confirmara con juramento la paz que los Estados, tomando el nombre de Su Majestad, habían hecho en Gante con el príncipe de Orange (8 de noviembre), uno de cuyos artículos era la salida de los españoles y de todas las tropas extranjeras (6). El senado co-

(4) Cuéntase que en esta entrevista, después de haber hecho don Juan homenaje á la reina, y al ir á besar la mano al príncipe don Fernando, sin querer ni advertirlo hirió con la contera de su espada al rey entre ceja y ceja, de modo que cayó turbado al suelo. Sobresaltóse don Juan y le pidió mil perdones. «No tengais cuidado, le dijo el rey; dad gracias de que no haya sido mas.—Mas había de ser! replicó don Juan: en tal caso, ventanas había aquí por donde arrojarme.—Y por qué! repuso Felipe: nunca pasaría de ser una desgracia.»—Vander Hammen, lib. VI.

(5) En Luxemburgo se vió con su madre Mad. Bárbara Blomberg, que venía á España de orden del rey don Felipe, de acuerdo con don Juan. Esta señora vivió después muchos años en España, con una renta de tres mil ducados que le asignó el rey, primeramente en San Cebrían de Mazote y luego en Colindres, donde murió en 1598, según mas largamente hemos demostrado en un artículo que expresamente sobre esto escribimos, y se publicó en el núm. 3.º de la Revista Española de Ambos Mundos.

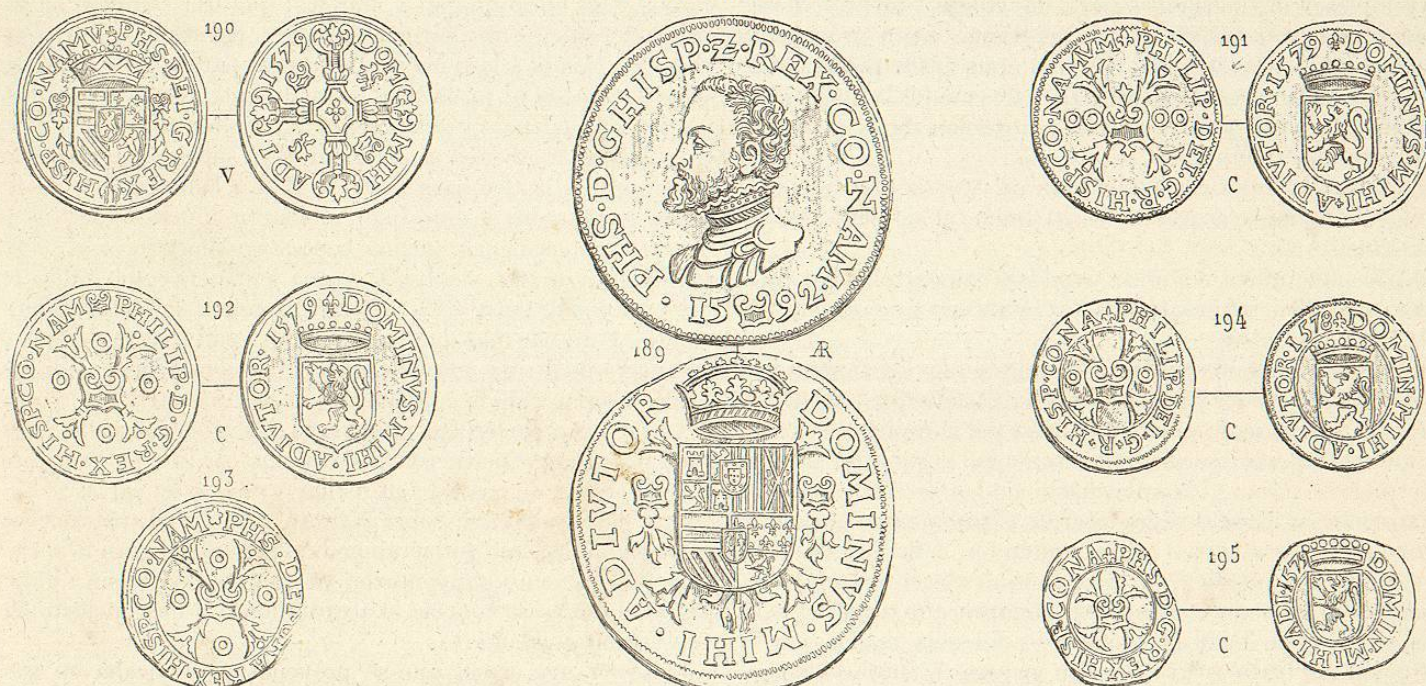
(6) Este tratado de paz entre las provincias flamencas y el príncipe de Orange, comprendía veinticinco capítulos. Don Bernardino de Mendoza le copió íntegro en el lib. XVI de sus Comentarios.

misionó á Iskio para que hiciera entender esto á don Juan. Desempeñó el enviado su embajada con timidez y con moderación, y volvió enamorado y haciendo elogios de las prendas del real joven. Disgustó esto á algunos senadores, tratáronle mal de palabra, y determinaron despachar con la misma misión á Juan Funk, que también la cumplió con templanza y comedimiento. Tomóse tiempo el príncipe para pensarlo, porque le dolía despedir á los españoles, y lo consultó con sus dos consejeros íntimos Octavio Gonzaga y el secretario Juan de Escobedo. El primero opinó que no era conducente ni decoroso; el segundo fué de contrario parecer, acaso porque conocía mejor la necesidad de la paz, ó los pensamientos que don Juan traía en su mente. Vacilaba el príncipe entre el deseo de la paz y el sentimiento de haber de expulsar á los españoles, y acaso no se apartaba de su ánimo el proyecto de la jornada á Inglaterra.

Por último, con arreglo á las instrucciones que para proce-

rar la paz había recibido del rey, apoderándose los rebeldes de los castillos mientras los nuestros por orden suya tenían ociosas las armas, y atendiendo á que en la pacificación de Gante se consignaba el mantenimiento de la religion católica y la obediencia al monarca español, resolvióse don Juan de Austria, con consentimiento del rey, á firmar la paz de Gante, que se publicó en Bruselas (17 de febrero, 1577), con el nombre de *Edicto perpetuo* (1). Con esto el príncipe fué llamado por los Estados á Malinas y Lovaina, donde le aclamaron con júbilo gobernador de Flandes. Excusado es ponderar la pena con que cumplirían los veteranos españoles la orden de salir de un país tan regado con su sangre, y en que cada villa, cada lugar, cada colina y cada rio recordaba alguna proeza suya. Con dolor y aun con indignacion iban entregando las fortalezas que á costa de heroísmo habían conquistado y mantenido. El valeroso Sancho Dávila, aun después de recibir una carta del rey en que le mandaba entregar el castillo de Amberes á

CONDADO DE NAMUR



FELIPE II

quien don Juan de Austria le señalase, encomendó á otro la entrega por no presenciarla. Menester fué para evitar un disgusto y arranque de despecho que interviniera y los exhortara el secretario Escobedo, para que aquellos esforzados guerreros dieran sin replicar aquella plaza recién conquistada al mismo conde de Arschot su enemigo, bien que jurando este guardarla y sostenerla á nombre del rey. Juntas todas las tropas en Maestricht, y hecho el canje de los prisioneros, sin dar mas que una parte de paga á los españoles, salieron mustios y enojosos para Italia, conducidos por el conde de Mansfeld, bien que unos se desertaron despechados pasándose á servir al rey de Francia, otros derramados después por las estériles montañas de la Liguria para librarlos de la peste de Milan, acabaron sus dias tristemente quejándose de la ingratitude con que decían eran tratados.

Bien pronosticaron algunos, que no había de ser estable ni duradera esta paz, comprada por España con tanto sacrificio. Cierto que don Juan de Austria, por sus bellas prendas, por su carácter afable y benigno, por su semejanza con el emperador su padre tan respetado siempre de los flamencos, por la fama de sus glorias y de sus triunfos por mar y por tierra, se atrajo en el principio con su liberalidad y su indulgencia las voluntades, y aun los plácemes y las felicitaciones de aquellas gentes, después de tantos años de opresión y de guerras. Mas no tardó el de Orange con sus ardides en provocar contra él la animosidad y el encono de los flamencos. Inexorable aquel en su odio á la dominación española, fuerte y soberbio con enseñorear las dos provincias marítimas de Holanda y Zelanda, negándose á comprenderlas en el Edicto perpetuo, alegando que la religion protestante que habían abrazado no les

permitía acomodarse al artículo del Edicto concerniente á la religion católica romana, y sobre todo no pudiendo sufrir que el gobierno de las provincias estuviese en manos de don Juan de Austria, comenzó por pregonar que no cumplía el Edicto; que no había restituido á las ciudades sus antiguos privilegios; que los tudescos no habían salido de Flandes; que los soldados españoles estaban ocultos en Luxemburgo y en Borgoña; que había establecido una inquisición disimulada peor que la de España; y por último, que el austriaco bajo cierta apariencia y capa de benignidad aspiraba á adormecerlos para mejor esclavizarlos; que no olvidaran que fué él quien denunció á Felipe II el príncipe Carlos como fautor de los flamencos.

Las sugerencias é intrigas del de Orange produjeron tal efecto en los consejeros y diputados de las provincias, de cuyo mas propensos á creer á su compatriota que á amar á ningún español, que todos se fueron volviendo contra don Juan de Austria, aun los mismos que le habían mostrado mas adhesión y á quienes había hecho mercedes. Y no se contentó el de Orange con producir esta mudanza de afectos. En varias ocasiones y por diversos conductos fué avisado el de Austria de las maquinaciones que por obra del de Orange se tramaban

(1) Constaba este Edicto ó Convenio entre el rey y los Estados de Flandes de 18 capítulos: los principales eran: la confirmación de la paz de Gante; la salida de las tropas españolas, alemanas, italianas y borgoñonas, en el término de veinte dias contados desde la notificación que les hiciera el rey; obligacion por parte de los Estados de guardar y amparar la santa fe católica romana y la obediencia á S. M.; renuncia recíproca á toda alianza que contrariara este pacto; perdón general, etc.—Mendoza, Comentarios, lib. XVI.—Vander Hammen, Don Juan de Austria, lib. VI.—Estrada, Guerras, Década I, lib. IX.—Cabrera, lib. XI.



contra su persona y aun contra su vida. Considerábase en continuo peligro en Bruselas; las personas que se designaban como cómplices ó ejecutores de la conjuración eran muy capaces de perpetrar cualquier alevosía: llegó á convencerse de la realidad de la traición, y resuelto á tomar un partido, y so pretexto de tener que arreglar en Malinas las cuentas de los tudescos que aun esperaban sus pagas para evacuar los Estados, sobre lo cual se habian suscitado diferencias entre ellos y los veedores, salió disimulada y secretamente de Bruselas, pasó á Malinas, y de allí á Namur, de cuyo castillo se apoderó por medio de una astucia mas ingeniosa que correspondiente á su gran nombre (24 de julio, 1577). Así burló á los emisarios que el de Orange habia despachado para prenderle. De todo habia dado aviso don Juan al rey su hermano por medio del secretario Escobedo, á quien envió á Madrid, quedándose entre tanto con Andrés de Prada. Desde Namur escribió á los senadores y diputados de las provincias flamencas, enviándoles algunos comprobantes de las maquinaciones que contra él habia, intimándoles que no volvería á los Estados mientras no rompiesen sus relaciones con el de Orange, y no procediesen contra los ejecutores de sus alevosías. Aun propalaban muchos que todos aquellos temores eran falsos pretextos de don Juan para mover la guerra. De todos modos la disposición de los ánimos era ya tal, que la renovación de la guerra se hacia otra vez inevitable.

En tal situación dirigió don Juan de Austria á los antiguos tercios de Flandes, acantonados en Italia, el siguiente tierno llamamiento:

«A los Magníficos Señores, amados y amigos míos, los capitanes y oficiales y soldados de la mi infantería que salió de los Estados de Flandes.

«Magníficos Señores, amados y amigos míos: el tiempo y la manera del proceder destas gentes ha sacado tan verdaderos vuestros pronósticos, que ya no queda por cumplir dellos sino los que Dios por su bondad ha reservado. Porque no solo no han querido gozar ni aprovecharse de las mercedes que les truxe, pero en lugar de agradecerme el trabajo que por su beneficio habia pasado, me querian prender, á fin de desechar de sí religion y obediencia. Y aunque desde el principio entendí, como vosotros confirmastes siempre, que tiraban á este blanco, no quise dejar de la mano su dolencia, hasta que la ejecucion del trato estuvo muy en vispera. Y entonces me retiré á este castillo, por no ser causa de tan grande ofensa de Dios y deservicio á S. M. Y como los mas ciertos testigos de su malicia son sus propias conciencias, hánse alterado de tal manera, que toda la tierra se me ha declarado por enemiga, y los Estados usan de extraordinarias diligencias para apretarme, pensando salir esta vez con su intencion. Y si bien por hallarme tan solo y lejos de vosotros, estoy en el trabajo que podeis considerar, y espero de dia en dia ser sitiado; todavía acordándome que envío por vosotros, y como soldado y compañero vuestro no me podeis faltar, no estimo en nada todos estos nublados. Venid, pues, amigos míos: mirad qué solos os guardamos yo y las iglesias y monesterios y religiosos y católicos cristianos, que tienen á su enemigo presente y con el cuchillo en la mano. Y no os detenga el interés de lo mucho ó poco que se os dejase de pagar; pues será cosa muy ajena de vuestro valor preferir esto que es niñería á una ocasion donde con servir tanto á Dios y á S. M. podeis acrecentar la suma de vuestras hazañas, ganando perpetuo nombre de defensores de la fe, y obligarme á mí para todo lo que os tocara, mayormente de lo que dejáredes de cobrar allá, no perdereis nada, pues yo tomo á mi cargo la satisfaccion dello, y así como tengo por cierto que S. M. tomará este negocio con las veras y en la calidad que le obligan, y en la misma conformidad hará las provisiones, lo podeis vosotros ser que yo os amo como hermano; y las ocasiones que os esperan no consentirán que padezcáis, porque no dudo que acudireis al nombre y ser de cristianos, españoles y valientes soldados, y buenos vasallos de S. M. y amigos míos, hareis lo que os pido con la liberalidad, resolucio y presteza que de vos confío y conviene... No me alargaré á encarecer mas este negocio; solo diré que este es aquel tiempo que mostrábedes desear todos militar conmigo, y que yo quedo muy alegre, y que las cosas han lle-

gado á este extremo de pensar que ahora se me ha de cumplir el deseo que tengo de hallarme con vosotros en alguna empresa, donde satisfaciendo vuestras obligaciones, hagamos algunos servicios señalados á Dios y á S. M. Esta carta pase de mano en mano. N. S. guarde vuestras magníficas personas como deseáis. Del castillo de Anamur, á 15 de agosto de 1577.

»A los Magníficos Ordenadores. Vuestro amigo—Don Juan. »No escribo en particular, porque no sé las compañías ni capitanes que habrán quedado en pié; pero esta servirá para reformados y no reformados; y á todos ruego vengais con la menor ropa y bagaje que pudiéredes, que llegados acá, no os faltará de vuestros enemigos.»

Alentó á don Juan, mas de lo que ya estaba, la respuesta del rey su hermano aprobando su conducta y la ocupacion de Namur; y puesto que no habian bastado su prudencia y su blandura á conservar la paz, daba orden para que volviesen á Flandes los tercios viejos de españoles que habian ido á Italia, escribia al marqués de Ayamonte, virey de Milan, y á los vireyes de Nápoles y Sicilia aprestasen los de sus respectivos cargos y los encaminaran á Flandes; que iria tambien su sobrino el príncipe de Parma Alejandro Farnesio; que despachase embajada á la reina de Inglaterra para que no ayudase á los flamencos ni pública ni secretamente con sus vasallos, porque su paciencia y sufrimiento no podian durar siempre; así como él la enviaba al emperador su sobrino para que no permitiese salir alemanes á sueldo de los Estados flamencos. Entre los Estados y don Juan mediaron muchos escritos y muchas proposiciones, muchas contestaciones y réplicas sobre condiciones de paz, y sobre la forma y manera como habia de volver á residir entre ellos y ejercer la gobernacion de las provincias. Pero por mas que unos y otros aparentaran desearlo, no era ya fácil que convinieran en las condiciones, porque habia desaparecido la confianza, y ni de una parte ni de otra se trataba con sinceridad y buena fe. En estas contestaciones ganó don Juan y perdieron los Estados un tiempo precioso, pues si en vez de gastarles en recibir y responder cartas le hubieran empleado en ir sobre Namur, cuando el austriaco se encontraba casi solo, hubieran podido ponerle en grande aprieto, y por lo menos ahuyentarle, ya que no dejarle sin salida. En no obrar así se conocia el aturdimiento y desconcierto en que habian quedado (1).

El de Orange era el que se prevenia y fortificaba en sus provincias, como si no existiese el Edicto perpetuo, y apretaba á los diputados á que se apoderaran de las importantes plazas de Breda y Bois-le-Duc que aun presidiaban los tudescos. Al fin no descansaron sus agentes hasta que le hicieron nombrar Conservador de Brabante, en cuya virtud vino á Bruselas, donde hizo su entrada sin contradiccion con numerosa guarnicion de arcabuceros. Sin embargo, algunos magnates que no le habian sido nunca adictos, trabajaban por llevar otro gobernador. El conde Lalaing, y aun los mismos orangistas hubieran querido al duque de Alenzon, hermano del rey Enrique III de Francia; pero el de Arschot y otros que querian restaurar la religion católica y mantener cierta sombra de autoridad real, optaron por el archiduque Matias, hermano del emperador Rodulfo, el segundo de la casa de Austria, y sobrino del rey de España. Este partido fué el que prevaleció. Enviaron, pues, á buscarle secretamente á Viena, y él tambien salió en secreto, de noche y sin conocimiento del César su hermano. Joven de veinte años el archiduque Matias, valiéronse los flamencos de su poca edad y su mucha ambicion para imponerle bajo juramento, que él prestó sin dificultad, las condiciones con que habia de gobernarlos. Uniéronse con esta ocasion herejes y católicos, formaron liga entre sí para establecer un gobierno popular, afianzar sus libertades y privilegios, sacudir la dominacion extranjería, ampararse unos á otros, profesando y ejerciendo cada cual su religion libremente.

(1) Vander Hammen, Don Juan de Austria, lib. VI.—Estrada, Guerras, Déc. I, lib. IX.—Cabrera, Historia, lib. XI. Este autor inserta muchas de las cartas y contestaciones que mediaron entre don Juan y los consejos, senado y diputados de Flandes, y trata este período con mas extension que los anteriores. Nos falta ya la luminosa guia de don Bernardino de Mendoza, cuyos Comentarios no alcanzan sino hasta el año 1577.

te; y bajo estas y otras semejantes condiciones admitieron y proclamaron por gobernador al archiduque Matias, dándole por vicario ó segundo al príncipe de Orange; todo hasta que el rey y los Estados ordenasen otra cosa. Con esto hizo el archiduque Matias su entrada en Bruselas, donde le festejaron con comedias, en que le representaban á él como á David, y á don Juan de Austria como á Goliath (1).

En esto fueron llegando á Luxemburgo (diciembre, 1577) los tercios españoles de Italia con el príncipe Alejandro Farnesio, en número de seis mil hombres, contentos por la nueva prueba de confianza que recibian del rey, pero con la pena de haber perdido en Cremona al valeroso y aguerrido maestro de campo Julian Romero, que cayó repentinamente muerto del caballo. Génova y Florencia descansaron con la salida de los españoles de los temores que tenian. Don Juan de Austria que habia pasado á Luxemburgo, dejando la plaza de Namur lo mejor guardada que pudo, experimentó un verdadero júbilo al ver llegar á su sobrino el príncipe de Parma, cuyo valor habia probado en Lepanto, y cuyas virtudes conocia, de las cuales dió en esta ocasion una nueva prueba, renunciando con el mayor desprendimiento la subvencion de 1,000 doblas de oro con que el rey don Felipe su tío habia mandado se le asistiese en Flandes. La reina de Inglaterra habia pedido á don Juan de Austria que hiciera tregua con los rebeldes, dejando entrever ciertas intenciones hostiles en el caso de no ser complacida. Pero el austriaco le respondió con palabras muy corteses sin condescender con su interesado empeño. Los flamencos por su parte pedian favor á Francia, á Inglaterra, á Alemania, á todos los príncipes vecinos. La guerra se habia hecho inevitable, y la guerra se volvió á encender.

El primer encuentro de los ejércitos enemigos fué en Gembloux, á tres leguas de Namur (31 de enero, 1578). El de los flamencos era mayor en número: mas fuerte por el valor y la larga práctica de los combates de don Juan de Austria. En él iban los antiguos capitanes de los viejos tercios españoles, Mondragon, Toledo, Martinengo, Del Monte, don Bernardino de Mendoza, Verdugo, además de Octavio Gonzaga, Ernesto Mansfeld, Berlaymont, el príncipe Alejandro Farnesio, todos bajo la direccion del vencedor de Lepanto, que habia hecho inscribir en su estandarte al pié de la cruz estas palabras: *Con esta enseña vencí á los turcos, con esta venceré á los rebeldes*. Y el pronóstico del emblema se cumplió maravillosamente, «pues rara vez sucedió, dice el autor de las Décadas, que tan pocos, y tan á poca costa, en tan breve tiempo derramasen tanta sangre y diesen fin á la batalla.» En efecto, sola la caballería desordenó y desbarató diez mil infantes enemigos, y fué causa de que huyera todo el ejército, quedando preso su general con algunos nobles, y en poder de los nuestros treinta y cuatro banderas, con sus piezas de campaña y casi todo el bagaje. Muchos no pararon hasta Bruselas, y los que se quedaron en Gembloux se vieron en necesidad de rendirse, no obstante haber hecho de aquella villa su plaza de armas. Entre los capitanes de don Juan de Austria se distinguió y señaló muy particularmente por su decision y arrojo el joven príncipe de Parma Alejandro Farnesio, su sobrino, que á este mé-

(1) Antes de esto habia intentado el de Orange robustecer su partido, enviando á Amberes, la ciudad en que contaba con mas adictos, á su segunda mujer Carlota de Vandome, abadesa que habia sido de un monasterio, que hasta en esto habia imitado el de Orange á Lutero. Recibieron los de Amberes con gran solemnidad y regocijo á la princesa-monja, y la aposentaron en la abadía de San Miguel: mandó el de Orange que se demoliera la parte del castillo que miraba á la ciudad, mandato que ejecutaron los ciudadanos con tanto júbilo, que hasta las damas mas principales trabajaban en su destruccion de dia y de noche. Entonces fué cuando se vió el odio implacable que conservaban los de Amberes al duque de Alba. Como aun estuviese la estatua de bronce del duque, derribada de orden de Requesens, en uno de los departamentos del castillo, sacáronla los ciudadanos y comenzaron á golpearla furiosamente con todo género de instrumentos; «y como si cada herida causase dolor y sacase sangre, dice el jesuita romano Fr. Famiano Estrada, así se gozaban con aquella muerte imaginaria, queriendo, si pudieran, animar al bronce para matarle. Hubo quien llevó á su casa los fragmentos de las piedras de la destrozada basa, colgándolos como despojos del enemigo quebrantado, y como monumento para la posteridad, de que finalmente se habian vengado de él de alguna suerte.» Déc. I, lib. IX.

rito añadió el de la modestia de no hablar nada de sí mismo en los partes que dió al rey y á la princesa de Parma su madre, atribuyendo generosamente todo el triunfo y toda la gloria, despues de Dios, á don Juan de Austria.

La nueva de este suceso produjo tal consternacion en Bruselas, que como si vieran ya al austriaco á las puertas de la ciudad, el archiduque Matias, el de Orange, la corte y el Senado, dejándola guarnecida, se trasladaron á Amberes. El ejército vencedor continuó tomando plazas en Brabante. Boubignes, Tillemont y otras fueron rendidas por Octavio Gonzaga, y Lovaina se le entregó voluntariamente, expulsada la guarnicion de escoceses. Sichen se resistió al príncipe de Parma, pero asaltada y tomada primeramente la poblacion, y combatido y tomado despues el castillo, castigó el de Parma á los vencidos con un rigor terrible, haciendo colgar de día del homenaje de la fortaleza al gobernador y cabos principales, y degollar de noche á unos ciento setenta, arrojando sus cadáveres al rio. Usó con ellos de tanta crueldad el Farnesio, porque eran de los rendidos en Gembloux, que acababan de prestar juramento de fidelidad al rey. Así fué, que con los de Diest que se le entregaron luego y no estaban en aquel caso, se condujo con tal generosidad, para que resaltara mas la diferencia, que agradecidos ellos á tan hidalgo comportamiento vinieron á servir en las banderas reales. Unióse despues el príncipe Alejandro á su tío don Juan de Austria que iba á atacar á Nivelles, en la raya de Brabante á la entrada del Henao. Cuando ya los de Nivelles estaban pactando con don Juan las condiciones de la rendicion, amotinóse el tercio de los alemanes, acreedores mal sufridos que no podian tolerar el atraso de unos meses en sus pagas. Don Juan los separó mañosamente del cuerpo del ejército, y ordenó despues el castigo de algunos sediciosos sacados á la suerte, reduciéndose al fin á uno solo que fué pasado por las armas. Nivelles tuvo que darse á partido y rendirse. A la toma de Nivelles siguió la de Philippeville, en cuyo sitio hizo don Juan de Austria alternativamente los oficios de general y de soldado. En pocos meses paseaban libremente los españoles las provincias de Namur, Luxemburgo y Henao (2).

Quebrantada la salud de don Juan de Austria con los continuos trabajos y fatigas de la guerra, y obligado á pasar á Namur para procurar su restablecimiento, encomendó la prosecucion de la campaña con cargo de general á su sobrino Alejandro. Acometió este príncipe la empresa de Limburgo, capital de la provincia de su nombre, situada sobre una montaña de roca á la margen derecha del Vesdre. Merced á la inteligencia, actividad y denuedo con que el príncipe de Parma dirigió el sitio y ataque de aquella ciudad (junio, 1578), entregáronse los limburgueses, salvas sus vidas y haciendas, y los soldados que la guarnecian se alistaron con juramento bajo el estandarte real de España. Distribuyó inmediatamente sus cabos para que se fuesen apoderando de los lugares de la provincia, y sabedor de la resistencia que oponia Dalhem llamó al señor de Cenray y le dijo: *Id á Dalhem, y haced que la artillería meta esta mi carta dentro del lugar*. El ejecutor de este mandato le dió tan terrible cumplimiento, que batidos y asaltados el lugar y el castillo, á duras penas dejó un soldado y un habitante con vida, cebándose las tropas en la matanza con un furor y una barbarie que deshonró á hombres que iban á defender la religion católica (3). Con la recuperacion de esta provincia cerraba el Farnesio la entrada y paso á los socorros que de Alemania temia vinieran á los rebeldes.

Por un momento logró el de Orange realentar á los suyos, haciendo publicar en Amberes un libelo en que se anunciaba que el príncipe de Parma, Mondragon y varios otros cabos de la milicia española habian quedado sepultados bajo las

(2) Estrada, Guerras, Déc. I, lib. IX.—Vander Hammen, Don Juan de Austria, lib. VI.—Cabrera, Felipe II, lib. XI.—Osorio, Vita Joannis Austriaei.

(3) El P. Estrada refiere minuciosamente los abominables excesos y crueldades cometidas por unos soldados alemanes y borgoñones con la hija del gobernador de la plaza, muerto en la refriega, joven de diez y seis años y de singular hermosura, que se habia refugiado al templo con el afán de evitar las tropelías y escarnios que al fin cometieron con ella en aquel sagrado asilo.—Guerras de Flandes, Déc. I, lib. X.